Crítica de libros

CIRCUNCISIÓN DEL SUEÑO, *Emilio Prados*. Tezontle, México, 1958.

Parece milagroso, o casi, que los poetas del 27 sean con mucha frecuencia los del 58. De una continuidad creadora tan espléndida no se tienen antecedentes. En España o América publican libros esos hombres con entusiasmo de primerizos y logros, naturalmente, de maduros. Para algunos de ellos el tiempo ha supuesto un cambio de estilo. Otros depuran su inicial presencia en la poesía; pero todos revelan una gran confianza en el entendimiento de aquella que les caracterizó y les sigue caracterizando.

Qué interesante es percibir cómo al amor y al dominio estupendo de la palabra se añade la densidad del sentimiento, el simbolismo luminoso de lo humano. Igual que en esta circuncisión ocurre. Lo más delicado—rosa, agua, luna, arena—, lo más enterizo—campo, trigal—, están en el libro, *ocurre* en el libro: son llaves para una especie de salida a la realidad sin ligaduras, donde la libertad de ser obsesionante en el poeta que, rítmicamente, alternando canción y verso mayor, como si lo uno fuera contrapunto de lo otro, se expresa:

Presente sin retiro, advenimiento,
estancia: el sol—abierto el mediodía—
al Sur condensa un rayo y, por él, baja
—paloma en vuelo al nido—, luz con-
[tinuo.
En torno a un trigo abandonado, en
[tierra
el sol, alumbra a un círculo de sombra...
Centrado a él, el trigo su luz abre...
¡Entra a su campo el sol bajo el olvido!

Y la réplica o, mejor, la versión diferente de lo mismo, del combate entre Abril y Agosto:

¿Quién ha pisado en mí ¿Yo mismo?
(La soledad que duermo es mi edificio.)

¿El tiempo estuvo en mi presencia?...
(Hueca es la sangre de mi carne abierta.)

Las canciones de Emilio Prados, a modo de dísticos, cambiantes de rima, insisten una y otra vez en una temática de solitario cuyo consuelo se reparte entre las cosas naturales. Tienen una gran precisión de vocablos y armonía, graciosos esguinces, monologadores, paréntesis meditativos, como dos voces en él mismo completándose. Mientras uno es sobre todo ojos, otro es sobre todo introversión. Me han recordado la poesía del primer Juan Ramón, con menos carga sensitiva. Creo que Prados se volcó totalmente sobre sus canciones. Ha sabido darles densidad y belleza, incluso excediéndose por ese afán de extraerles todas sus posibilidades. No hay que olvidar, sin embargo, que aquí la canción no es juego, sino muy seria y honda manera de libertar intimidades.

MINIMAS DEL CIPRÉS Y LOS LABIOS, *Manuel Mantero*. Alcaraván, 3. Arcos de la Frontera, 1958.

Manuel Mantero, de Sevilla. Prometo solemnemente no acordarme de Almotamid, de Bécquer, de los poetas arábigo-andaluces, del prisma giraldeño; todas esas citaciones a las que en casos semejantes se recurre. Mínimas del ciprés y los labios: del amor y la muerte. Título singular. ¿Responderá al contenido? Abro el libro con cierto miedo, la verdad, sin muchos antecedentes del autor—no leí *La carne contigua*—, con esa esperanza también que rodea la poesía auténticamente joven. Encuentro que el poeta habla—para eso es un lírico—en primera persona, y dice algo que no puede decir otro por él. "Aquel Manuel Mantero" es éste, recordándose, anudando en el pórtico sus hilos anteriores. (Creo cada vez más que si cada poeta nos contase lo más sinceramente posible quién es se acabarían las fastidiosas repeticiones al uso.)

Sigo. Hay palabras bellas, sin bonituras ni cambalacheo sintáctico. Se ve que le gustan mucho algunos términos y, en la adjetivación, arrima los luminosos a los sombríos, como si vivir para este poeta fuese un juego compensador, naturalmente inclinado al gozo melancólico. Hasta ahora no asomó la desesperación, lo que resulta algo chocante en estos tiempos. Ante el peligro de muerte...

> De verdad. Cuando estuve con un pie en
> [el estribo,
> pensaba, no en mi tumba blanquísima,
> [inminente,
> sino en ti, forma oscura, contorno fiel,
> [muchacha,
> a esa hora en que todos los novios de la
> [tierra
> aborrecen a Edison y a Goethe agoni-
> [zante...

Y la misma actitud ante *la fatal* aparece en otros poemas. Se trata de embellecer sin gritos, de dar encanto e incluso gracia a la tristeza, de entreverar lo romántico con lo cotidiano. La realidad es el elemento estable, pero a esa realidad hay que darle quiebros con palabras eficaces o pulidas. Mantero no es de la numerosa cofradía del suspirillo, sino de los que quieren mantener el ángel entre las cosas oscuras y dolorosas. Por eso no se atiene a un esquema. Salta de aquí a allá, de la anécdota al amor, del amor a Dios, desenfadadamente — "Oración o túnel para que Dios pasara"—con un lenguaje ágil y no incurrente en barroquismos excesivos. Tanteante a veces, como es menester, me atrevería a decir.

Cuando estas mínimas no coinciden con temáticas familiares, me parecen más jugosas. Así ese poema "A Pirra en bicicleta", con todo el aparato circunstancial que tiene, es un acierto de gracia, de intención y realización. (Horacio seguro que sonreiría de poderlo leer.):

> Amiga en roce y juventud de sangre,
> Pirra morena y con verdad adúltera,
> verdugos niños, al pasar, te arrojan
> piedras de escándalo.
>
> Verdugos niños que serán un día
> carne nupcial en tu lujuria sáfica,
> inspiración sin cebo, viva norma
> bajo tu égida.

En otro tono—es bueno, por supuesto, que un poeta tenga varios tonos—, en el religioso, da Mantero esa sensación de emotividad sincera tan impagable. Ya vendrán, digo yo, las confesiones y maduraciones.

UNA SEÑAL DE AMOR, *Eladio Cabañero*. Adonais, CL. Madrid, 1958.

Cuando un poeta insiste en ciertos temas es que algo muy auténtico le desvive, sobre todo si esa insistencia no es mecánica repetición con vistas a la galería. En Cabañero hay, desde su primer libro, un empeño en mostrar su vida tal como es, su origen, su circunstancia geográfica, las gentes que trata, el paisaje preferido; un empeño, tan importante y tan excepcional, que no hallo muchos parangones que ponerle. Hay una poesía que suena a verdad desde cualquier lado que se la mire; y hay otra que suena a ejercicio retórico, a moda, también desde cualquier lado. Y no puede explicarse exactamente por qué. Es posible distinguir entre vida y obra; sorprendernos, aun siendo legítimas, de discordancias entre una y otra; pero cuando quedan reunidas, para mí, al menos, el interés aumenta.

Una señal de amor nos hace ver que *Desde el sol y la anchura* fué la viñeta de unas realidades que ahora Cabañero ha mirado y sentido más o lo hondo. Antes la extensión, el tono de retórica primeriza, el poeta como una cosa de su Mancha. En este libro, la interioridad antes que nada y, consecuentemente, el verso depurado, afilador, explicativo, narrativo, buceante y con frecuencia campechano. Verso libre, pero de verdad. Tanto se preocupó de construirlo, sacarle mechas imaginísticas, abarcar contenidos, que, a veces, da demasiadas revueltas para llegar al fin, y la emoción—fuerte de este poeta—, una emoción antirretórica o, si queréis, antiefectista y nada facilona, peligra en el andamiaje técnico. Como si le faltara la necesaria condensación. Claro que, aun cuando esto ocurre, nunca falta el hallazgo parcial, porque nunca falta la intuición sometida a disciplina y la certeza de que estamos leyendo a un hombre para quien la poesía es necesaria.

La emoción es particularísima; producida por el balbuceo de la extrema humildad ante la amada—lo ingenuo y lo sencillo tienen un tono desacostumbrado en nuestros días—o por expresiones tajantes ("Nadie toque este pan que no crea en Dios"). La señal de amor es asimismo señal de caridad, pues ni siquiera al conmoverse ante la mujer (de lo cual pudo salir un libro monográfico), pierde de vista a los otros: padres, compañeros, amigos, gentes del pueblo. ¿Social esta poesía? Pues sí, hay reflejo inevitable de una sociedad, como siempre que la lírica no se hace abstracta y generalizadora. Yo diría que en estos poemas trasparece el medievalismo nada soterrado de la vida de España. Dos ejemplos pongo a mi afirmación: "La flor" y "El andamio". Dos poemas significativos y excelentes; el uno de amor ofrecido con todo el ser; el otro de sentir popular ante lo que pasa hoy en el mundo. En ambos es buena la ordenación de elementos.

Cabañero, tosco al par que delicado, nos trae desde muy cerca una inesperada luz primitiva, alertada frente a tanto sofisma, iluminadora de lo auténtico popular y elemental. Su elementalismo, tanto en el fondo como en la expresión, conlleva claros valores, morales y estéticos valores, cuyo comentario siento no quepa en esta nota. Pero sí cabe decir que el amor repartido en este libro—premiado con accésit del último Adonais—es una siembra singular.

LA ROCA DESNUDA, *Solimán Salom*. Agora, Madrid, 1958.

Dice bien José Hierro en el prólogo de este libro que "la poesía, desde luego, es ciudadana del mundo, pero a condición de que el poeta sea muy de su tierra". Hoy que los sentimientos y preocupaciones del hombre se uniformizan grandemente y que ante ciertos poemas no sabríamos distinguir exactamente en qué lengua originaria fueron escritos debido a las traducciones-fuentes, el caso de Solimán Salom —poeta en tres lenguas—, sin dejar de ser singular. nos extraña menos. Lo que importa es la esencia, y aquí la hay. Una esencia no en formas métricas o asimétricas castellanas, aunque sí, por supuesto, con sobrado conocimiento del español y expresividad muy dentro de nuestro tiempo.

El origen del poeta importa. Tanto, que aquí podemos tener un buen ejemplo de lírica fronteriza debatiéndose desgarradora y sensual entre impulsos orientales y occidentales. Esta lucha provoca intensidades estallantes, tanto si canta el amor:

Nuestras bocas se juntarán: golpe de [rayo.
Nuestros dientes chocarán: escalofrío de [marfil.
Nuestras lenguas se ligarán: beso de [carne.
Nuestros labios sangrarán: sello de gloria.

Mi mano dibujará estrellas en tu cuerpo.
Atizaré el fuego de tus pechos desnudos,
tejeré velos y velos desde tu garganta a [tus rodillas,
absorberé tus cabellos espesos, tenues.

como si aparecen las preguntas dolidas refrenando el instinto:

¿Por qué hay tantos días en que el alma [está cansada
del verano,
del sol, de la nada,
de la abeja, de la mariposa,
de la espina y de la rosa,
del horizonte lleno de claridad
exaltada?

Esos son los constantes términos —siempre en un paralelo de belleza—a los que va y viene Solimán Salom fatalísticamente enclavado en su ser como un prisionero que hace de su dolor ardiente afirmación lírica.

CUANDO DA EL CORAZON LA MEDIA NOCHE, *Carlos Murciano*. Veleta al Sur. Granada, 1958.

Un libro con excesiva unidad temática es como un toro que "tiene" pocos pases y, por tanto, es necesario darle los justos para que la faena no se malogre. La noche aquí es el toro negro y Carlos Murciano el lidiador que ha demostrado ya poseer repertorio variadísimo, recursos de pluma y abundancia en este oficio tan divino como humano de la poesía, donde también se puede uno jugar la vida. O quemarla, que es lo mismo. Para eso está.

Iba diciendo que el toro negro y Murciano están aquí casi confundidos uno en otro. Vamos a ver. Silencio total. Una cita de Aleixandre y otra de Guillén como doble brindis a la doble maestría. En los primeros pases-poemas ya se ve el propósito de ceñirse muchísimo, de

saber lo que ha de hacer, como si saliera al ruedo con la faena pensada. Esto puede ser bueno y puede ser malo, según. Por lo pronto se observa orden y desenvoltura. Murciano ha lidiado mucho: prefiere ese breve pase del endecasílabo, que exige remate y ni un milímetro más ni un milímetro menos. Darlo en poco espacio, aguantar el envite. El estilo es aéreo. Percibimos que lo que manda en la faena es una suerte de imaginación, donde los cánones clásicos tienen un trasfondo romántico, muy adornado, muy bonito, muy irreal, así como triste, pero por estética, por elegancia. Al llegar a la parte de los silfos—es decir, en el centro del asunto—todas esas características anotadas abultan aún más. Retransmitimos:

Con doce abetos, doce golpes
de corazón y doce lirios
saltas al aire desde el aire,
silfo primero, verde y frío.

Traes una luz entre los dedos.
(¿Dedos de luz?) Reluces, límpido.
Va sobre ti la voz del bosque:
roza tu piel de corzo mínimo.

El cronista va de sorpresa en sorpresa porque los pases son innumerables, porque Murciano prescindiendo del corriente y moliente "tremendismo" y de "las cosas como son", orienta su faena hacia la fantasía. La fantasía, ¿es más fácil o más difícil? Averígüelo Vargas. Lo único que el cronista puede decir es que a la noche le va muy bien este barroco enlazar de sensaciones, estos recuerdos de bosques, estrellas, mares, luna, relojes. A propósito de relojes: tales pendulaciones son uno de los momentos más bellos. Pero lo que llevamos visto, ¿nos emociona, nos hace pensar, nos sobrecoge? Respuesta inmediata: a mí me deleita. Me parece una faena centrada, llevada con gran facilidad, sin ahogo ni espeluzno. A veces hay algo dramático, pero sin desentonar del resto. Vuelvo a retransmitir:

Madre, te estoy llamando desde dentro
de ti, desde tu cálido regazo,
desde el profundo pozo de tu abrazo,
desde tu centro azul, desde tu centro.

Madre Noche te digo. Y salgo y entro
de ti, por ti: rompo tu lazo
umbilical y cuélgome a tu abrazo
y descuélgome y suéltome; te encuentro...

Pero hasta el dramatismo es imaginativo. El final lo es. Parece como si, embriagado de su tarea en el silencio, Murciano se dispusiera ya a torear más para sí mismo que para los espectadores. Es lo que suele ocurrir cuando todo ha marchado sin tropiezos. El toro misterioso de la noche se derrumba en los dos últimos versos, que dicen:

acabar tu misión, cumplirte, antes
de que dé el corazón la muerte en punto.

Y el cronista—que si de algo peca no es precisamente de falta de atención—anota: toro ideal, torero muy ducho, variedad, belleza y buen gusto en los adornos, fácil y bonito (Más Sevilla que Ronda). Mejor con la muleta que con la espada. Le falta acaso entregarse más a la hora de la verdad.

SIN VUELTA DE HOJA, *Joaquín Fernández.* Adonais, CLI. Madrid, 1958.

A la puerta de este libro (accésit del premio Adonais) hay una cita de don Francisco de Quevedo, acompañante honoris causa de algunos poetas de hoy, vivito en 1958, etc. Las citas a veces pueden orientar, pero creo que en este caso hay mucho más de homenaje que de filiación en el estilo. Claro que para muchos—Joaquín Fernández incluído—la vida es boca de lobo y en esa boca el don Francisco de los ratos llorosos bien pudo ser guardián.

Entrando en *Sin vuelta de hoja,* se nota inmediatamente un clima espeso, cortante, como si allí se aposentara la amargura. Es que se aposenta. El primer soneto ya delata las características de J. F., que a mí, dicho sea no de paso, me parecen bastante suyas o, al menos, de herencia común: nerviosidad, bruscos cortes en los endecasílabos, habilidad extraordinaria para fabricar el bloque y, acaso por esa habilidad, y sin acaso, el peligro de que el soneto sea más interesante por el virtuosismo que por la esencia. Las palabras suyas no se tambalean. Tienen fuerza. Ocurre simplemente que en ocasiones no son suficientemente precisas, y lo que nos quiere decir el poeta se queda demasiado enmascarado entre lo dicho.

Joaquín Fernández, sin duda, quiere y consigue una expresión contemporánea, y en ella cuenta enormemente la atmósfera. Ansiedad, amargura, ira, sarcasmo, humor agriado. Se notan en sus versos dos urgencias muy decisivas. Por una parte, el tirón superrealista, el puro lirismo de la estupenda "Carta de angustia a Juan", réplica bellamente paradójica:

> Me pierde la hermosura
> Juan, los limpios cristales
> en ascuas, como infiernos
> de rosas perdurables.

Y, por otra parte, el realismo más a secas, el reportaje hecho poesía, estricto y pesimista. "Jornada de sábado" o "Anuncio por palabras", un poema donde actualidad y lirismo se reúnen.

> Hormigas desarmadas, hombres sólo.
> La calle nada más. Gente que pasa.

Sin vuelta de hoja es libro digno, hecho desde la situación de un hombre en su tiempo.

Pero de las dos tentaciones manda más la de lo concreto, la carne viva, la visión desolada—tal vez más artística que sinceramente desolada—que la abstracta, y en este sentido, y en todos, significa un avance desde *Piedra mayor.* Un serio avance. Hay mucha menos sensación de desequilibrio entre formas y contenidos. "La calle" es un poema equilibrado y emotivo. (¿Línea futura?)

> Ahora. Esta calle.
> Un río más entre las almas.
> Un hombre. Yo. La vida
> entera diera por salvarlas.
> Entera, no. La que me queda,
> la que pude traerme para casa.